

Editorial

Cuando se comprueba que el sistema educativo se encuentra condicionado por una serie de estructuras sociales cuyo funcionamiento se traduce en beneficio, no del todo social sino de una minoría privilegiada, se experimenta la urgencia de desarrollar esfuerzos encaminados a descubrir la manera de modificar tanto dichas estructuras –rompiendo su mecánica reproductora y estabilizadora–, como el *modus operandi* del sistema educativo, de tal suerte que éste se convierta en un elemento de cambio de todo el sistema social.

Fue así como en el proyecto de Reforma Educativa propuesto por el Centro de Estudios Educativos hubo que subsumir el marco estructural-funcionalista, adoptado al iniciarse el mismo y durante su primera fase, dentro de un patrón matizado de tipo conflictual-coactivo (Editorial del vol. III, núm. 3, 1973 de la *Revista del Centro de Estudios Educativos*).

Ahora bien, el hecho de rendirse a la urgente necesidad de un cambio estructural de la sociedad y de concebir la reforma de la educación como un elemento para ese cambio global, obliga forzosamente por lo menos a delinear los rasgos esenciales de la sociedad distinta que se desea; y esto equivale a definir los valores que se quisieran ver instaurados en ella. Lo anterior explica el esfuerzo que se hizo dentro del proyecto para integrar un marco axiológico, y a ello se debe también la reiteración que se mostró en el tema de los valores (Editoriales del núm. 4 de 1972, y de los núms. 1 y 2 de 1973).

Hoy más que nunca y puesto que el número de voluntades empeñadas en lograr cambios radicales se viene incrementando significativamente, precisa emprender una serena visualización del futuro, esto es, proponer nuevos modelos alternativos de sociedad humana en todos los niveles. Esta preocupación, en realidad, no parece darse aislada; hasta donde se tiene noticia, son varios los esfuerzos que en forma más o menos simultánea y en grados diversos de profundidad, se han dado a la tarea de esbozar los caracteres que debe tener un pensamiento radical moderno sobre el futuro y de proponer modelos alternativos.

En los trabajos que realizan o que ya han realizado aisladamente Marcos Kaplan de Argentina, Rodolfo Stavenhagen de México, y Mihailo Markovic de Yugoslavia, es posible apreciar muchas afinidades de fondo. Éstas consisten sustancialmente en reconocer –aun cuando emplean términos y formulaciones diferentes– la necesidad de que ese pensamiento se integre tanto con elementos utópicos como científicos; los primeros, porque implican siempre una orientación valorativa, como lo prueban los textos de todas las utopías clásicas desde Platón y Jámblico hasta Fichte, Owen, Cabet y Saint Simon. Respecto de los elementos

científicos, los tres autores mencionados, en una u otra forma, coinciden en descartar una ciencia que “deje escapar quizá lo esencial de lo que hace y constituye la sociedad y la historia”, y esto por una excesiva prevalencia de la preocupación de cuantificar y proyectar tendencias. Debe darse prioridad a una ciencia verdaderamente crítica por encima de cualquier connotación neopositivista, dado que las leyes del comportamiento humano y sus tendencias de ninguna manera se pueden asimilar a las leyes que conciernen a la naturaleza. Volver en rigor a una antigua verdad: en todo aquello donde entra en juego la libertad del hombre, los resultados no son fácilmente previsibles y los riesgos son inevitables.

Hay tres maneras, pues, de concebir la naturaleza de una sociedad distinta y de diseñar su organización. La primera es la que emplearon los grandes utopistas, quienes sostuvieron en una u otra forma el postulado de que todas las posibilidades están abiertas, y de que el hombre es libre para escoger entre ellas. Las utopías del pasado fueron sueños en torno a una sociedad perfecta y por lo mismo “a-históricas”, puesto que concebir la posibilidad de una satisfacción completa de las necesidades humanas equivale a suponer el fin de la historia. Fueron por lo demás como otras tantas exploraciones de las posibilidades humanas óptimas, lo que las hace hoy mostrarse en abierta contradicción con el realismo más elemental. Lo que verdaderamente importa conocer son las posibilidades reales que *aquí y ahora* tenemos para transformar nuestra sociedad. Así y todo, es preciso reconocer y aceptar la gran tradición humanista que transmitieron, al recoger la esencia de los sueños, aspiraciones y expectativas de los mejores espíritus de todas las épocas. Y esta esencia no es otra cosa que la invitación para que los hombres trasciendan sus condiciones habituales de vida y se decidan a realizar aquellos valores fundamentales de justicia, libertad, igualdad, solidaridad, participación que siempre han deseado.

Por otra parte, el porvenir no puede ser simplemente el resultado de una extrapolación de las tendencias dominantes y de la aplicación a los seres humanos de las leyes de los números. “Las ciencias y los científicos, dice Kaplan, tratan de comprender lo que pasa en el mundo natural y social, y de explicar la variedad de los fenómenos visibles, sin atenerse a las apariencias y mediante leyes simples. Ninguna epistemología puede, sin embargo, basarse en un empirismo ingenuo... La significación de una investigación científica es relativa a sus hipótesis, que a su vez están profundamente insertadas en el contexto histórico-social. Ninguna etapa de la ciencia es absoluta, y aquella nunca es completamente científica, sobre todo en la medida en que su objeto se va complicando y en que su actividad puede cuestionar el tipo de organización y de funcionamiento de la sociedad y el modo de vida de los hombres que la componen”.

La futurología, además, suele evitar determinados terrenos en los que se reconoce incapaz de discernir tendencias claras; y son éstos precisamente los concernientes a los más estrujantes problemas sociales. Poco se habla, en efecto, de la forma como podrán evolucionar las relaciones humanas, sobre la manera de perfeccionar las estructuras sociales o sobre los caminos para descubrir las más eficaces formas de participación, de distribución del poder político y otras por el estilo. Por lo demás, ¿qué aportación para un cambio profundo puede brindar una ciencia positiva como la futurología, que en rigor acepta de manera más o menos

tácita los valores vigentes? Se trata obviamente de una ciencia no comprometida y que, por lo mismo, sólo contempla incrementos cuantitativos.

El carácter esencial de una ciencia verdaderamente crítica del futuro —opina Markovic— es su concepción dialéctica de la realidad. Ésta cuenta siempre con un límite esencial, que constituye como una especie de negación interior. Ese mismo carácter crítico la obliga a tomar en consideración no las grandes posibilidades (en abstracto) del ser humano, sino más bien los límites que determina la condición humana en el presente y, a través de un análisis crítico de la sociedad, trata de establecer las verdaderas posibilidades históricas para el futuro.

Por lo mismo, la tarea de un análisis científico y a la vez crítico que lleve a la concepción de una sociedad distinta y posible consiste en los tres pasos siguientes: primero, detectar los factores institucionales y estructurales que en una situación y sociedad concretas convierten las relaciones entre los hombres en irracionales e inhumanas. Segundo, definir cuáles son las fuerzas reales capaces de hacer superar esas relaciones, con base en una teoría concreta y suficientemente elaborada de cambio. Tercero, descubrir la forma como dicha teoría habrá de implementarse y aquellas fuerzas vigorizarse a través de un compromiso colectivo y práctico. Todo lo anterior, sin perder de vista que se trata de un camino penoso y prolongado que lleva desde las transformaciones iniciales hasta el logro del objetivo final. De esta suerte se salva la libertad dentro del marco de las limitaciones históricas existentes.

* * *

La meta final de un pensamiento que se propone cambios radicales en nuestros días suele ser la construcción de una sociedad justa de individuos libres que disfruten de posibilidades sustancialmente iguales para su desarrollo, para un trabajo creador y para la satisfacción de sus requerimientos materiales y espirituales básicos. Estos objetivos fueron propuestos en la mayor parte de las utopías del pasado; pero son también los valores cuya realización se han propuesto y se jactan de perseguir los más opuestos sistemas políticos y sociales de nuestros días.

No se trata, en consecuencia, de preocuparse excesivamente por descubrir nuevos valores, sino de dar a aquellos que han sido permanente aspiración de los hombres una significación coherente con el objetivo mismo de transformación social, que subyace necesariamente en todo proyecto de reforma educativa. Pensar en una sociedad distinta, dedicar esfuerzos a concebirla y a construir los caminos que a ella conduzcan, no parece ser tarea inútil y poco realista. El verdadero realismo toca necesariamente los terrenos de la utopía, puesto que decidirse a cambiar sólo un poco no es realismo. Los cambios timoratos suelen tener nula significación dado que prontamente son absorbidos por los sistemas vigentes.

Desde otro punto de vista, cada vez se muestra con mayor claridad que el futuro habrá de ser mucho más vigorosamente marcado por los cambios cualitativos, que por el desarrollo de los aspectos cuantificables. De allí la necesidad, siempre que se reflexione sobre el futuro, de precisar con claridad el marco valoral que permita apreciar con base en qué premisas se opta por un determinado futu-

ro. Además, al mismo tiempo que se introducen elementos utópicos se combinan éstos con elementos racionales que sólo puede ofrecer una ciencia crítica; de esta suerte se conjuga lo deseable con lo posible. Sólo resta caer en la cuenta de que para romper las contradicciones que necesariamente surgen entre ambos elementos, es preciso suscitar una voluntad de tipo político que se manifieste en un compromiso colectivo y práctico.

Centro de Estudios Educativos.